Todo empezó sin querer

ISAURA LEE

Contiene guía didáctica para familias y educadores/as

Ayuntamiento de
FUENLABRADA
Concejalía de Bienestar Social

Estimadas familias y educadores;

Os presento este cuento para niños que ha elaborado la Concejalía de Bienestar Social en el marco de la estrategia antirumores para combatir el racismo.

Además de la propia historia, ofrece una Guía orientadora para que las madres, padres o educadores, puedan de una forma lúdica y divertida profundizar con los menores sobre los valores de la convivencia.

En él se cuenta una leyenda negra que sucedió en Fuenlabrada, debido a falsos rumores que surgieron de una forma inocente y sin querer, causando un daño personal y social a la familia Ahmed procedente de Marruecos.

Nuestro personaje, Dani, basándose en las apariencias, lanza una afirmación equivocada que "el creía cierta", de cuyas consecuencias ni siquiera es consciente.

De ahí la importancia del educador, en este caso la madre, que obliga a afrontar y corregir el error; y cómo este acto de honradez y valentía cambia el rumbo de la historia.

La transformación social es un proceso que no sólo requiere de grandes gestos, sino de nuestra aportación en las pequeñas acciones cotidianas.

Espero que este cuento, que os animo a disfrutar, contribuya a construir una sociedad más consciente, justa y comprometida.

Afectuosamente;

Manuel Robles Delgado
Alcalde de Fuenlabrada

Todo empezó sin querer

Dirección de la campaña:
SEMI, Programa de Diversidad Cultural,
Concejalía de Bienestar Social,
Ayuntamiento de Fuenlabrada.

Dirección técnica: ideasinfinitas.es

Autor: Isaura Lee.

Copyright: Ana Campoy, Esperanza Fabregat,
Javier Fonseca y Raquel Míguez.

Ilustración: Mar Blanco

En Fuenlabrada no teníamos ninguna tienda como la de los padres de Rachid. Hasta que llegaron ellos desde Marruecos, había lo que hay en todas partes: panaderías, pescaderías, mercerías, cafeterías, fruterías… Teníamos de todo menos una tienda de segunda mano como la de los señores Ahmed, que es como se llama la familia de mi amigo Rachid.

Es una tienda muy chula, con un cartel en la puerta que pone: "Se aceptan objetos viejos", y que está escrito con letras muy bonitas, a juego con las del cartel grande de luces con el nombre de la tienda: "Tengotó".

TENGOTÓ
Se aceptan
objetos viejos

A mamá le encanta el nombre de la tienda de los Ahmed. Siempre que lo pronuncia, se ríe.

—Mirad qué bolso tan bonito me he comprado en Tengotó —suelta en mitad de la comida para, inmediatamente, atragantarse de la risa—: ¡Tengotó!

Mi amiga Pepa dice que el abuelo de Rachid es un mago porque transforma cosas. Como la vez que la madre de Tai le dio dos jerséis que habían encogido en la lavadora y, ¡abracadabra!, el señor Ahmed los transformó en un par de zapatillas de andar por casa.

A eso se dedica la familia de Rachid, a reciclar cosas viejas para venderlas en "Tengotó".

Todo iba como siempre en nuestra vida y en Fuenlabrada hasta el día que, de repente, sin querer, como cuando enciendes una cerilla cerca de un montón de hierba seca, la leyenda negra de los Ahmed prendió y se extendió.

Ocurrió a la entrada del colegio.

Al principio todo fue como siempre: Tai llegaba el primero y nos esperaba a los demás en la puerta, muerto de aburrimiento. Desde que había nacido su hermana, sus padres estaban tan ocupados que no le hacían ni caso y Tai se pasaba el día en la calle, más solo que la una.

Los segundos en llegar fueron, como de costumbre, Pepa y Jonatan, que son mellizos y caminan sin hablarse.

El último casi siempre soy yo. Todos tenemos algún defecto, eso lo dice el abuelo Ahmed: yo soy despistado. Soy ese tipo de niño que se distrae con una mosca y que se olvida de la hora. Encima, el viento me había tronchado mi paraguas transparente. ¡Con lo chulo que era ver la lluvia sobre mi cabeza!

ESCUELA

Pero ese día no fui yo el último en llegar a la puerta del colegio, sino Rachid. Apareció al fondo de la calle con su madre y en cuanto nos vio, echó a correr y la dejó atrás.

—Hola, Rach —le saludó Pepa, que dice que Rach tiene los ojos más bonitos de todo Fuenlabrada.

—Hola, tíos —contestó Rach.

Su madre se acercaba despacio. Cuando ya casi estaba en la puerta, me fijé en su sombrero. Tenía tantos colores que parecía que llevaba una cacatúa en la cabeza. Entonces lo vi. Era un broche grandote, con una piedra azul en el centro y plumas azules alrededor. Lo llevaba pinchado en el sombrero.

Unos pasos antes de llegar a nuestra altura, la madre de Rachid nos dijo adiós con la mano y cogió el autobús que para delante del cole.

—Ese broche que lleva tu madre en el sombrero es de la mía —le solté a mi amigo.

—No es verdad —contestó Rachid con los mofletes rojos como pegotes de mermelada de fresa.

—¡Sí que lo es! —insistí—. ¿Te crees que soy tonto? Ese broche es de mi madre.

No me lo estaba inventando. Yo le había visto aquella piedra azul.

Entonces sonó el timbre y entramos.

En el patio, justo antes de que Marta, la profe de Lengua nos dijese que pasásemos de una vez, Tai me dijo al oído:

—A mi padre se le han perdido las gafas. A lo mejor se las robó la madre de Rachid para su tienda de cosas usadas.

Hasta ese momento, a mí no se me había ocurrido que los padres de mi amigo pudieran ser una banda internacional de ladrones de cosas viejas.

—Seguro que también tienen ellos el libro de poemas de mi abuelo —dijo Jonatan en el patio—. Estaba firmado por alguien famoso.

Pepa se rascó la cabeza:

—Pues mamá no encuentra su sombrero de ir a pescar —dijo—. ¿Tú crees que lo tendrán ellos?

Jonatan y yo nos encogimos de hombros.

A partir de ese día, Rachid se quedó tan mudo como cuando llegó nuevo al colegio y aún no sabía hablar español. Parecía un niño distinto. Ni siquiera levantaba los ojos del suelo. Cuando íbamos a música, llegaba a la clase, abría su bolsa de cuero, sacaba unas varillas como de antena vieja y empezaba a desplegarlas hasta que montaba su atril… Algunos niños se daban codazos y se reían, pero Rachid era el único de la clase que tenía dónde sujetar las partituras. Además, su atril de quita y pon era muy chulo.

Así pasó un tiempo hasta que una tarde, a la salida del cole, las cosas empezaron a cambiar. Como cuando un boomerang se da la vuelta, la leyenda negra de los Ahmed giró.

Esa tarde había reunión con el tutor. Yo estaba en la puerta del cole con mamá y sin mi paraguas, cuando la madre de Rach apareció al fondo de la calle. Llevaba su sombrero de cacatúa con el broche de la piedra azul.

—¡Mira! —Tiré de la manga del abrigo de mamá—. Te ha robado tu broche.

Mamá miró a la señora Ahmed, que ya había llegado a donde estábamos, y la saludó sonriendo.

—Buenas tardes, Fátima.

—Buenas tardes, Paloma.

Paloma es mi madre y yo no entendía por qué no se enfadaba con la señora Ahmed. Y no solo eso. Cuando la madre de Rachid entró en el colegio, mamá me miró con los agujeros de la nariz muy abiertos, una uve entre las cejas y respirando como un búfalo.

—Dani, ¿cómo se te ocurre decir eso? —ahora era ella la que tiraba de la manga de mi abrigo—. Nadie me ha robado nada.

—Pero ese broche…

No me dejó terminar.

—¿¡Qué broche ni qué broche, Daniel!? —gritaba en voz baja, un superpoder que solo tienen las madres—. Esa piedra salió de un cinturón viejo que llevé a la tienda. ¡No me lo han robado! ¡Es suyo!

Entonces, como si se hubieran encendido las luces del cine al final de la película, lo vi todo perfectamente: recordé aquel cinturón de mamá que hacía siglos que no se ponía y que se cerraba con una piedra azul.

Me sentí fatal. Me daba vergüenza y pena, todo a la vez. Me entraron ganas de vomitar y no quería entrar en el colegio por nada del mundo. Y lo peor de todo: no sabía cómo contarle a mamá que por mi culpa todos los niños decían que la familia Ahmed robaba cosas para su tienda.

—¿Y ahora qué te pasa? —me preguntó mamá—. Va a empezar la reunión y no quiero llegar tarde.

Yo intenté hablar pero en vez de palabras solo me salieron lágrimas y mocos.

—Dani, ¿qué te pasa? —La nariz de mamá había vuelto a la normalidad—. Tienes mala cara, ¿te sientes mal?

—Es que… Es que…

Me costó mucho, pero, por fin, le conté todo lo que había pasado. Cómo había empezado la leyenda negra de la familia Ahmed, por mi culpa.

Mamá me limpió la cara con un pañuelo, me revisó la camiseta y los pantalones para que todo estuviera en su sitio y se agachó hasta poner su cara frente a la mía.

—Daniel, lo que has hecho está mal, muy mal. Y ahora mismo lo vamos a arreglar.

—¿Cómo?

ESCUELA

Cuando entramos ya estaba todo el mundo allí: los padres, los niños y Luis, mi tutor.
Me pesaban los zapatos una barbaridad, pero mamá tiró de mí hasta la mesa de Luis. Hablaron en voz baja. Yo contaba las rayas de las baldosas del suelo, hasta que mamá se acercó, me cogió por los hombros y me colocó delante de todos.
A mí se me doblaban las rodillas.
—Daniel os tiene que contar algo —anunció entonces.
Nada más decirlo, se apartó a un lado y me sentí el niño más solo del mundo.
—Es que… que… Que el broche no era de mi madre —susurré, porque la vergüenza me apretaba la garganta y no dejaba que me saliera la voz.
En ese momento oí murmullos que venían de todas partes:
—¿Cómo? No me entero.
—¿Qué ha dicho?
—No sé qué de un coche…
Respiré hondo antes de gritar:
—¡Que el broche azul es de la madre de Rachid, no de la mía!
Creí oír un «oooh» y también me pareció ver, de reojo, que mis amigos se movían en sus sillas como si les picase el culo.
Levanté los ojos y miré a Pepa, luego a Tai y a Jonatan. Los tres habían levantado la mano.
Y allí, en mitad de la clase, mis amigos y yo le contamos a todo el mundo cómo, sin querer, nos habíamos inventado la leyenda negra de la familia Ahmed. Y después le pedimos perdón a Rach y a su madre.
Cuando terminamos, la clase estaba en silencio. Nosotros nos mirábamos y después mirábamos las baldosas del suelo. Jonatan fue el primero en hablar:
—Pobre Rachid…
—Vamos a arreglar esto, pero de verdad —dijo Pepa—. Ahora le diremos a todo el mundo que el abuelo Ahmed puede resucitar cosas muertas.

Y así lo hicimos.

Aquella tarde, le dimos la vuelta a la historia. Al cabo de unas semanas, todo Fuenlabrada hacía cola para entrar en la tienda donde resucitaban cosas muertas. Llegaban con sus trastos rotos y salían con algo bonito en la mano y una sonrisa de oreja a oreja.

Yo llevé mi paraguas transparente porque, aunque ya no servía para nada, me daba pena tirarlo a la basura. El abuelo Ahmed lo examinó y desmontó las varillas.

Después de unos minutos, ¡abracadabra!, había convertido mi paraguas en un atril de quita y pon como el de Rachid.

Se aceptan
objetos viejos

Ahora nunca se me caen las partituras. Además, mi atril es tan chulo que todos los de clase encargaron uno igual al abuelo de Rach. Y la profesora también quiso uno para su grupo de rock. Hasta los de la banda de la Escuela municipal de música pidieron atriles al abuelo Admed, para tocar en el quiosco del Parque de la Fuente.

El atril de varillas se puso tan de moda que últimamente la tienda de Rachid recibe pedidos desde otras ciudades.

Pero lo mejor de todo es que, desde que no se nos vuelan las partituras, siempre que hace sol damos la clase de música en el parque.

Guía de lectura y actividades

1. SINOPSIS Y PROPÓSITO DE LA HISTORIA

Sinopsis:

Hace un tiempo vivió en Fuenlabrada un niño que se llamaba Rachid. Su familia, la familia Ahmed, tenía una tienda donde reciclaban cosas viejas y las vendían, convertidas en otras distintas.

Una mañana, Dani, uno de los amigos de Rachid, acusó a señora Ahmed de haber robado un broche. Poco después, todo el colegio co mentaba que la familia del pobre Rachid robaba las cosas que vendía en su tienda… Así fue como nació y se extendió la leyenda negra de los Ahmed… Hasta que un día, las cosas cambiaron.

El objetivo del cuento es enseñar a los pequeños lectores el respeto al diferente, como camino para prevenir y luchar contra la xenofobia.

La historia de Rachid, personaje con el que el niño se identificará enseguida, le ayudará a interiorizar el enorme poder de las palabras y el daño que pueden hacer si no las manejamos con cuidado.

El texto aborda, además, de manera tangencial, temas como la amistad, la corresponsabilidad, la honestidad y la valentía.

En «Todo empezó sin querer» también está muy presente el reciclaje, cuestión tan cotidiana como relevante para los ciudadanos del siglo XXI.

2. COMPRENSIÓN LECTORA

1. ¿Por qué Rachid estaba mudo la primera vez que llegó al colegio?
2. ¿Quién empieza el rumor del broche?
3. ¿Qué otros objetos han desaparecido?
4. ¿Con qué construye el abuelo el atril?
5. ¿Cómo se llama la tienda de los Ahmed? ¿Conoces otros nombres divertidos de tiendas? Invéntate alguno.
6. ¿Qué piensan los niños que es el abuelo de Rachid? ¿Por qué?
7. ¿Cómo se siente Dani tras descubrir la verdad sobre el broche? ¿Por qué?
8. ¿Por qué se enfada la madre de Dani?
9. ¿Qué deciden hacer para solucionar el problema?
10. ¿Cómo le dan la vuelta al rumor?
11. ¿Qué han aprendido los niños después de lo que ha pasado?
12. ¿Te ha ocurrido alguna vez algo parecido? ¿Qué sucedió?

3. PARA JUGAR Y APRENDER

A Joven reportero

La familia de Rachid proviene de otro país. Seguro que conoces a algún compañero, vecino o tendero del barrio que también sea extranjero. Te proponemos que te conviertas en un intrépido reportero y que completes el siguiente cuestionario.

Cuantas más nacionalidades encuentres, ¡más interesante será tu trabajo de investigación!

FICHA (ejemplo)
País: *Francia*
Plato típico (si puedes, consigue la receta):
Crêpes (harina, huevos, leche, 1 cucharadita de mantequilla. Batir todo junto)
Juego: *Escargot (parecido a nuestra rayuela, solo que en forma de caracol)*
Fiesta típica: *«Poisson d´avril» («Pescado de abril»). Recuerda a nuestro Día de los Inocentes y la costumbre es colgar un pescadito de papel en la espalda de la gente sin que se dé cuenta, para gastarle una broma.*
Cómo se saluda: *Bonjour!*
Personaje famoso: *Napoleón Bonaparte.*
Dibuja su bandera:

FICHA

País:

Plato típico (si puedes, consigue la receta):

Juego:

Fiesta típica:

Cómo se saluda:

Personaje famoso:

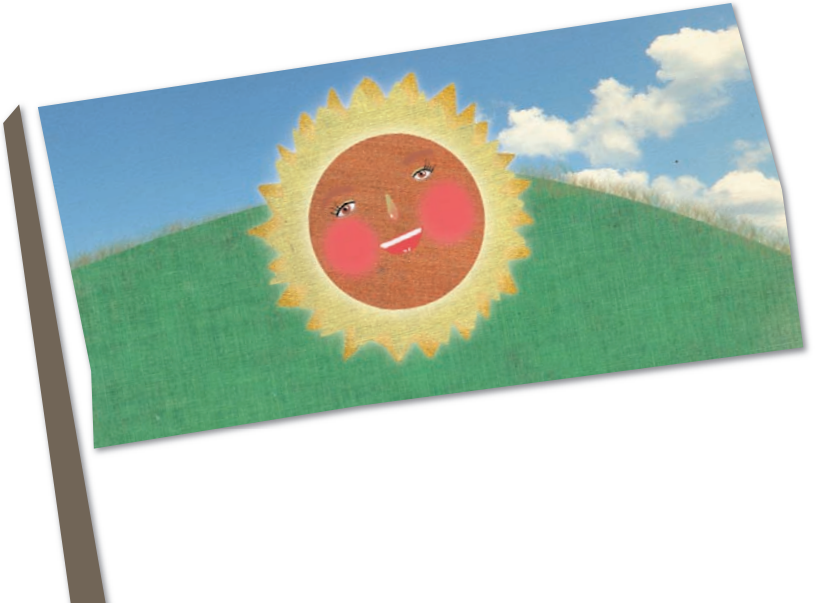
Dibuja su bandera:

B La bandera del mundo

Imagina que viviéramos en un mundo en el que no hubiera fronteras: no habría países y todos tendríamos una única bandera. Sería una bandera muy especial, ¿verdad? Con colores y dibujos que hablasen de la unión, de valores comunes, de lo que es igual para todas las personas...

¡Afila tu imaginación y tus lápices de colores y dibuja esa fantástica bandera!

Y en casa, con tus padres o con amigos, podéis comentar por qué se os ha ocurrido pintarla así.



C Reciclaje casero

Si recuerdas lo que sucede en el cuento, el abuelo de Rachid transforma el paraguas roto de Dani en un objeto nuevo: un atril. En tu casa también encontrarás cosas que podrás utilizar como materia prima para construir otras: pinzas de la ropa, cordones de zapatos, el tubo del papel higiénico, botones… Te animamos a que utilices tu imaginación y armes tus propios juguetes con materiales que tengas por casa.

No solo te divertirá construirlos, ¡será genial jugar después con ellos!

El PINZOO. *(Ejemplo):*

Materiales necesarios: *pinzas de madera, rotuladores, lápiz, papeles de colores, pegamento.*

¡Crea tu propio Zoológico con las pinzas de la ropa! Descubre la de animales que se esconden en ellas. No te costará encontrar un cocodrilo, o un fiero lobo... Pero seguro que se te ocurren otros: peces, pájaros, mariposas, ¡Vampiros y dragones! Todos estos y muchos más saldrán de tus pinturas y tu ingenio. Puedes utilizar papel de colores y pegamento para decorarlos: las alas de las mariposas, la aleta del tiburón...

D Mercadillo

Seguro que en tu casa, como en la de Dani, tienes un montón de cosas que ya no te sirven. Si a tus amigos les pasa lo mismo, nada os impide montar un mercadillo de intercambio y descubrir cómo funciona el trueque.

Proponlo en clase o en casa. Pide ayuda a tu familia o a tu profesor y reunid, en una caja, unos cuantos objetos que os apetezca cambiar. Después, acuerda con tus amigos un día y un lugar donde intercambiarlos. ¡Descubrirás que también hace ilusión «estrenar» cosas de segunda mano!

E Dale la vuelta a la historia

La historia de Rachid podría haber tenido un final diferente, porque hay muchas maneras de resolver las cosas.

¿Cómo hubieras solucionado tú el problema de la familia Ahmed? ¿Qué final se te ocurre para «Todo empezó sin querer»?

Relee la historia hasta el momento en que se dice:

"Así pasó un tiempo hasta que una tarde, a la salida del cole, las cosas empezaron a cambiar. Como cuando un boomerang se da la vuelta, la leyenda negra de los Ahmed giró". (Pág. 16)

A partir de aquí, anímate a inventar otro modo de darle la vuelta a esta historia y escribe tu propio final. ¡Tú también puedes ser escritor!

"Rachid está triste. En el colegio corre el rumor de que todas las cosas que han desaparecido de las casas de sus compañeros de clase están en la tienda del abuelo Ahmed. ¿Será verdad? Aprende con Rachid y sus amigos el daño que pueden hacer las palabras si no se pone cuidado en lo que se dice, y cómo se puede dar la vuelta a un rumor."